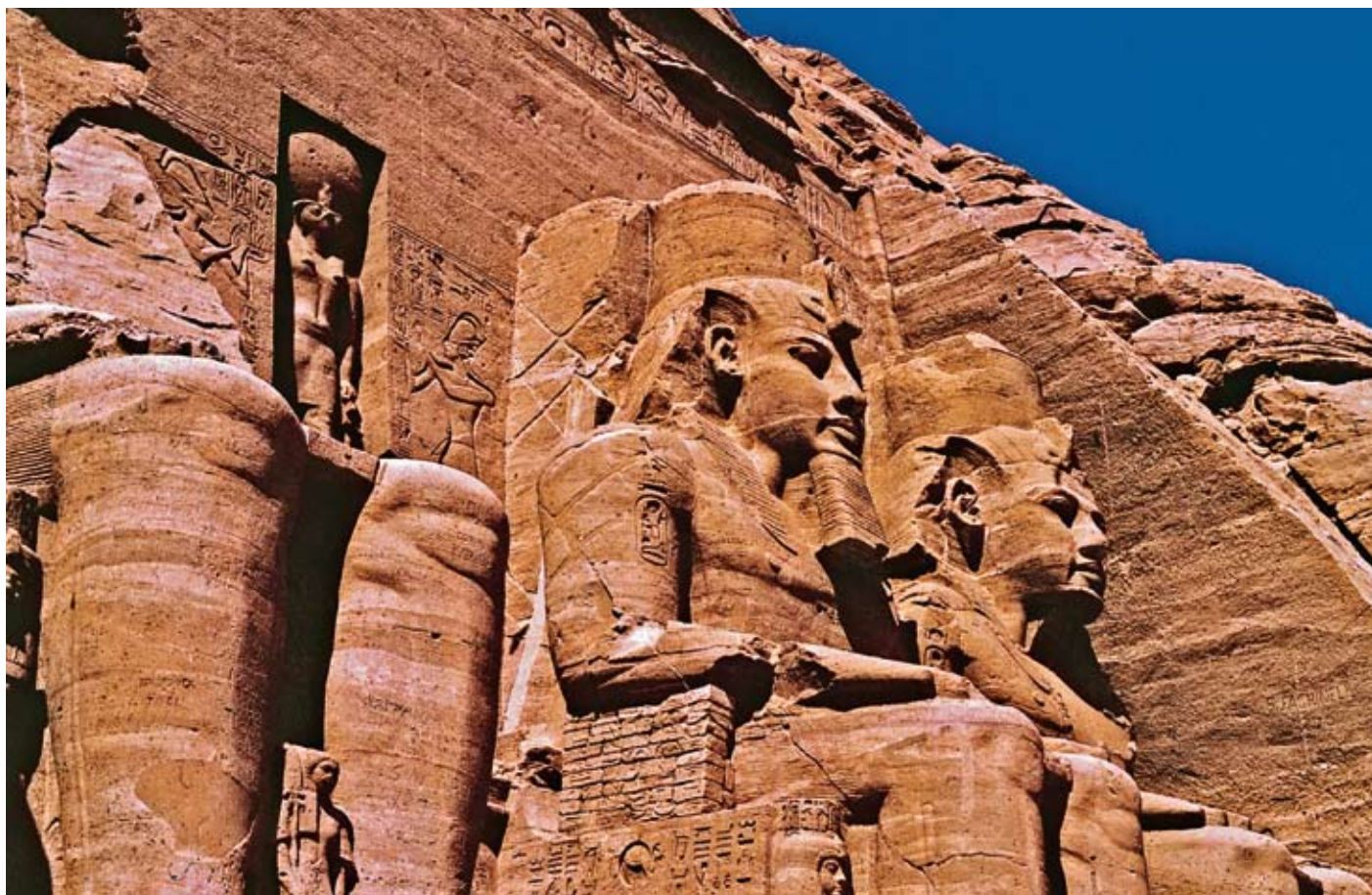


En 1995, el arqueólogo estadounidense Kent Weeks descubrió una necrópolis en el Valle de los Reyes que albergaba los restos de los hijos de Ramsés II. Hasta el momento se han localizado unas cien cámaras, aunque los expertos no descartan encontrar muchas más. El legendario faraón, el más prolífico del antiguo Egipto, engendró unos 130 hijos.

Ramsés II, el faraón de faraones

Fernando Cohnen: texto y fotos
Jefe de Prensa del COITT



Entrada al templo de Abu Simbel, que mandó edificar Ramsés II para rendir culto a su mujer Nefertari.

En 1988, las autoridades egipcias anunciaron la construcción de un aparcamiento en un lugar pedregoso y sin atractivo del Valle de los Reyes, un gigantesco cementerio donde fueron enterrados los faraones de las dinastías XVII, XIX y XX. Aunque todo hacía

suponer que la zona no tenía mayor interés para los arqueólogos, el estadounidense Kent Weeks se empeñó en echar un último vistazo a aquel montón de piedras milenarias. Durante meses, él y sus ayudantes se arrastraron por el suelo, gatearon por los túneles y se deslizaron



en sogas para llegar a los fondos de las cuevas artificiales que perforan las recalentadas arenas del desierto.

Su trabajo, que incluía el frecuente encuentro con murciélagos, zorros, culebras y escorpiones, les provocó erupciones cutáneas de todo tipo que fascinaron a los dermatólogos cuando volvieron a Estados Unidos. Pero la información que habían logrado atesorar compensaba con creces todas las molestias sufridas. Gracias a ese caudal de datos tendrían más posibilidades de toparse con un gran hallazgo. Pero, ¿quedaba algo por descubrir en aquel fastuoso osario real? ¿entraba dentro de lo razonable

«Las tumbas encontradas por el egiptólogo Kent Weeks tienen una antigüedad de unos tres mil años»

pensar en una tumba olvidada? Weeks así lo creía.

Su sueño era localizar el santuario KV 5, que según apuntaban los mapas antiguos podría situarse en la entrada al Valle de los Reyes. Sus sentidos le decían que estaba en el umbral de algo grande, un presentimiento que se confirmó en mayo de 1995, cuando encontró la entrada de aquella tumba olvidada, una de las mayores y más extrañas que construyeron los antiguos egipcios. En su interior fue enterrado el centenar largo de hijos que tuvo Ramsés II. Hasta ahora se han descubierto unas cien cámaras mortuorias, aunque los indicios sugieren la existencia de más de 130.

De hecho, en los últimos años solo se ha podido investigar una parte de este fabuloso osario del nuevo imperio, cuya antigüedad ronda los 3.000 años. Según apunta este arqueólogo de la Universidad Americana de El Cairo, el yacimiento es tan enorme que pasará mucho tiempo antes de localizar los restos ocultos de todos los vástagos que engendró el prolífico faraón.

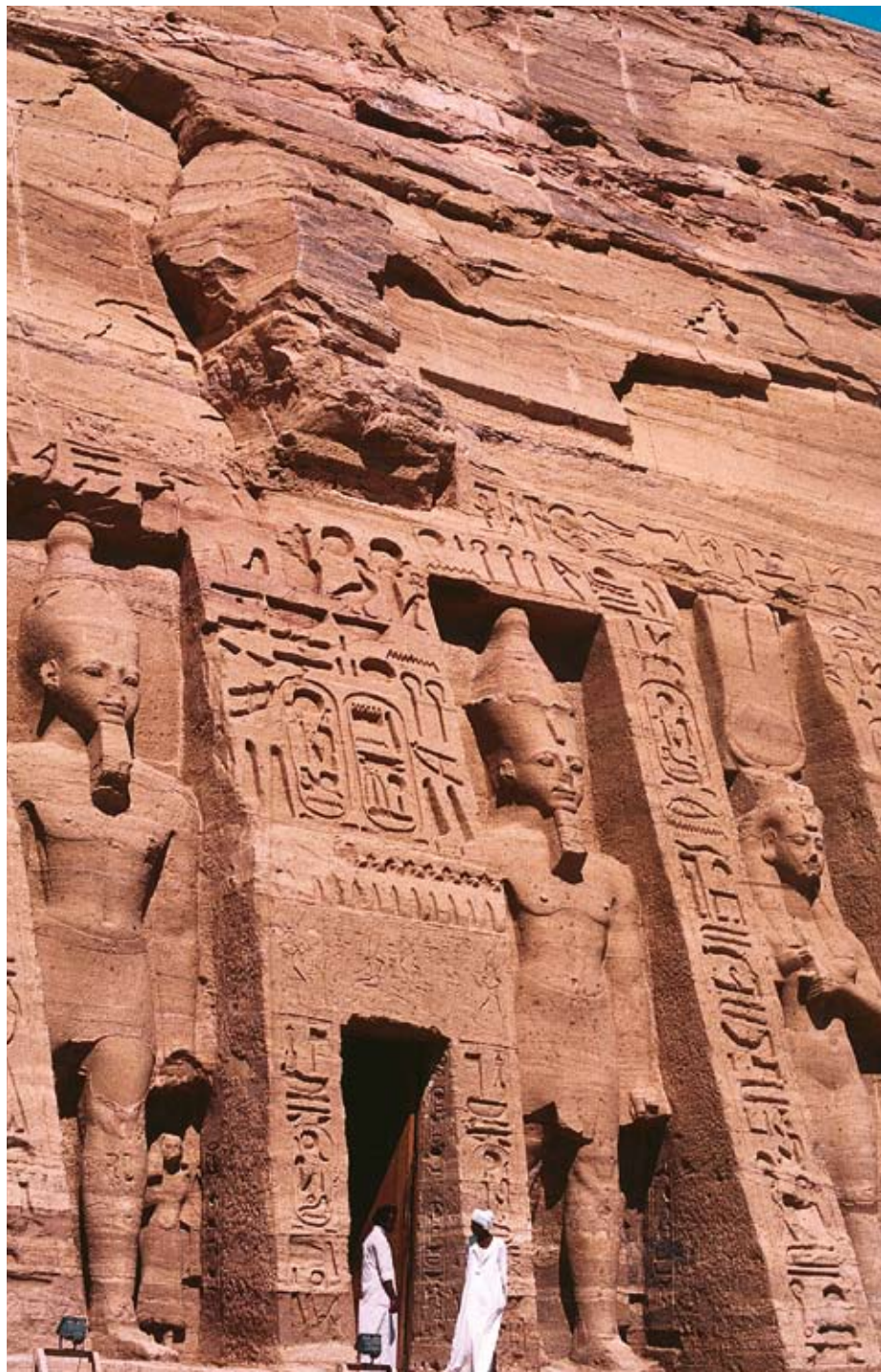
En sus primeros sondeos, el equipo de investigación utilizó un magnetómetro capaz de detectar las mínimas variaciones locales en el campo magnético de la tierra. Sin embargo, las anomalías que registraba el aparato eran tan numerosas que despistaron por completo a los arqueólogos. “Nos vimos en la obligación de dejar el magnetómetro y volver al antiguo sistema de excavación con pico y pala. Gracias a esos instrumentos arcaicos logramos dar con el mausoleo”, escribe Weeks en su libro “La tumba perdida”. En sus páginas, el autor logra narrar con emoción y rigurosidad científica su fascinante descubrimiento, uno de los más grandes del siglo xx en Egipto.

Antes de iniciar las excavaciones Weeks ojeó las viejas anotaciones de James Burton, el inglés que en 1820 halló la antesala de la KV 5, aunque no se atrevió a explorarla, dada la gran cantidad de escombros que la cubrían. Asimismo, el arqueólogo americano estudió los diarios del descubridor de la tumba de Tutankamon, Howard Carter, que en 1920 también se topó con el sarcófago y los tesoros que acompañaron al faraón en su último viaje. “Hemos

localizado un pasillo de 30 metros que puede tratarse de la cámara mortuoria de los familiares de Ramsés II”, escribió Carter, que al igual que Burton desperdició la oportunidad de proseguir la exploración y hallar las decenas de tumbas que encierra este majestuoso santuario a orillas del Nilo.

Décadas después, la tozudez e intuición de Weeks le permitieron penetrar en el mismo corazón de la tumba KV 5. Al contrario que Carter, este arqueólogo no buscaba oro ni piezas espectaculares. En realidad, su objetivo final era desentrañar cuál fue la descendencia del gran faraón, desvelar aspectos inéditos de la historia del Egipto antiguo y proporcionar un fabuloso yacimiento a las nuevas generaciones de egiptólogos. De hecho, los expertos sospechan que en algún rincón de la gigantesca tumba deben estar escondidos los ricos sarcófagos revestidos de oro y el ajuar funerario de algunos hijos de Ramsés II.

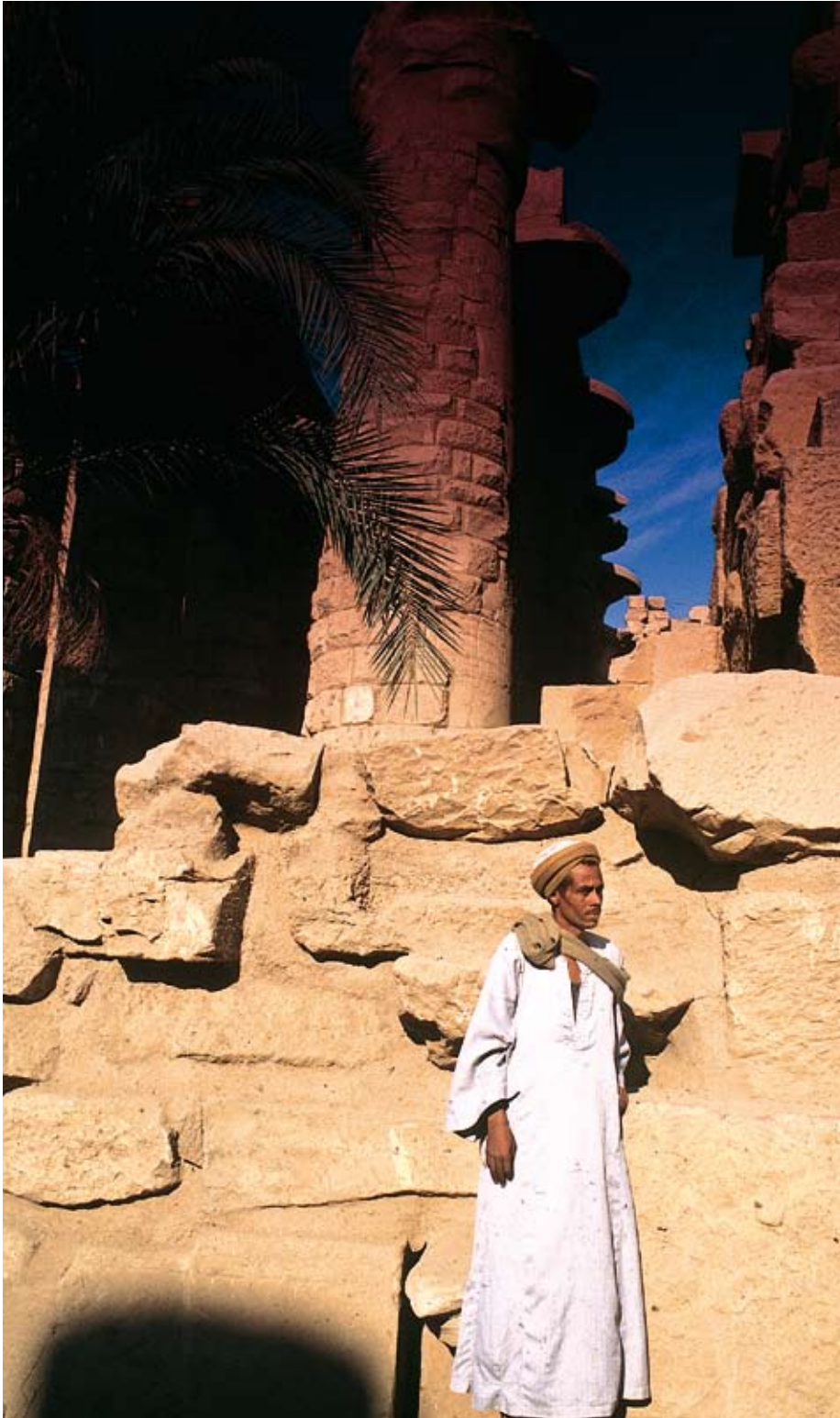
El día que se localizó el corredor de este santuario, su descubridor escuchó las exclamaciones de Marjorie Aronow, una estudiante de egiptología que colaboraba con el equipo científico americano. “¡Kent! ¡Kent! ¡Es fantástico! ¡Oh, es maravilloso! ¡Ven, por favor!. Ella y Mohamed, otro ayudante egipcio, habían retirado bastantes escombros para pasar y adentrarse en la cámara. Cuando Weeks iluminó aquel espacio con la linterna vio un corredor sorprendentemente largo de unos dos metros de anchura. En las paredes había puertas. Según iban avanzando, los arqueólogos las iban contando. Nunca se había encontrado un sepulcro que tuviera tantas entradas laterales. Aquello era enorme.



La fachada del templo de Abu Simbel muestra las figuras erguidas de Ramsés II, de su esposa Nefertari con los atributos de la diosa Hathor y las estatuas menores de algunos de sus hijos.

«Los arqueólogos tuvieron que dejar a un lado el moderno magnetómetro y utilizar el pico y la pala, las viejas herramientas de siempre»

Al fondo, la tenue luz de la linterna iluminó una figura humana. Era una imagen de Osiris, el dios egipcio que representa el más allá, la deidad con quien los antiguos habitantes del Nilo se unían en la muerte. Veinte minutos después, los arqueólogos salieron de la tumba, sudorosos, mugrientos y risueños. Cuando Weeks comenzó a asimilar la magnitud de su hallazgo comentó en voz alta lo que sus colegas ya intuían: “Creo que ya sé cómo vamos a pasar los próximos veinte años. ¡Esta es la tumba más grande del valle!”.



Según apunta el propio descubridor, “todavía quedan muchas preguntas esenciales acerca de este yacimiento que sólo podremos contestar si seguimos excavando y analizamos meticulosamente los datos”. Por ejemplo, ¿cuál fue el propósito de cada una de sus muchas cámaras? Los arqueólogos podrán abordar la tarea investigando el contenido de cada habitación, analizando el significa-

do de los objetos que vayan apareciendo y recomponiendo los rastros de la decoración mural. “Dejaremos sin excavar partes de la necrópolis para que los futuros arqueólogos, armados con nuevas preguntas y técnicas de exploración, puedan buscar nuevas respuestas a los viejos interrogantes y a otros que ni siquiera imaginamos”, asegura el descubridor de la tumba perdida.

Los expertos saben que serán necesarias inversiones multimillonarias y un ejército de especialistas para quitar las toneladas de escombros que recubren las centenares de cámaras mortuorias. Lo que ya nadie le puede quitar a Weeks es el honor de haber descubierto una rara joya que a buen seguro esconde en sus entrañas datos reveladores de cómo vivían y morían aquellas gentes. Su hazaña demuestra que el Valle de los Reyes aún esconde muchos tesoros del Antiguo Egipto. Asimismo, su libro describe con enorme tensión narrativa cómo trabaja un auténtico “Indiana Jones” en las ardientes arenas del desierto.

En 2005, Weeks presentó otro gran descubrimiento hecho en la grandiosa tumba KV 5 del Valle de los Reyes. Se trataba de una calavera que podría ser la de uno de los innumerables hijos de Ramsés II. Los restos del cráneo corresponden a una persona adulta, de entre cuarenta y cincuenta años. La calavera presenta una fractura circular, con un diámetro de entre 2 y 2,5 centímetros, que podría deberse a un fuerte golpe recibido en alguna batalla.

La necrópolis descubierta por Kent Weeks se encuentra cerca del mausoleo de Ramsés II, uno de los grandes unificadores del Imperio. Su prole fue tan impresionante que los investigadores no se ponen de acuerdo a la hora de establecer cuál fue el número exacto de vástagos. Gracias a los innumerables jeroglíficos que adornan los monumentos del Antiguo Egipto, los egiptólogos han podido reconstruir la vida y milagros de aquel legendario soberano, un hombre duro y enérgico que sentía una desaforada pasión por las mujeres.

Fue hijo del faraón Seti I y de su esposa Tuya y gobernó Egipto durante unos sesenta y seis años. En el verano de 1278 a.C., fue nombrado faraón con tan sólo veinte años de edad. Durante los cinco primeros años de su reinado se embarcó en tres acciones militares. Conquistó el territorio que actualmente ocupa Libia, donde estableció varias colonias. El faraón de faraones abandonó la ciudad de Tebas y se afincó en Menfis para luego trasladarse a Pi-Ramsés.

Bajo su reinado, Egipto vivió un momento de gran esplendor económico



«El objetivo de los arqueólogos no era buscar oro ni piezas espectaculares, sino desentrañar el número de hijos de Ramsés II»

y cultural que se materializó en una fiebre constructora, durante la que se erigieron innumerables palacios, esculturas gigantes, avenidas procesionales y grandes esfinges. El viajero que visita el templo de Luxor queda boquiabierto por la grandiosidad del patio de Ramsés II. Las 74 columnas que lo rodean muestran escenas del faraón en presencia de varias divinidades.

El estudio de su momia ha permitido saber que medía 1,72, hasta que empezó a tener problemas de columna debido a la artritis y la espondilosis deformante, dos enfermedades que le obligaban a caminar despacio, encorvado, apoyado en el báculo que llevaba siempre consigo. Era delgado, tenía el mentón fino, perfil aguileño, nariz grande y orejas prominentes. Cuando murió, en julio del 1213 a.C., Ramsés II tenía una buena mata de cabello rojizo natural, el mismo tono que iluminaba el pelo del dios Set.

Junto al faraón estaba su esposa principal, la reina Nefertari, que actuaba como principal transmisora del linaje real. Su posición en palacio le permitía realizar determinados ritos en los templos y actuar como garante del faraón durante su reinado. Los egipcios creían que la Gran Esposa Real era la que otorgaba la legitimidad al aspirante al trono. De ahí que algunos príncipes que no estaban en el primer puesto en la línea de sucesión intentaran legitimarse como faraones casándose con las hijas de su antecesor, que en muchas ocasiones eran sus hermanas o sus hermanastras,

Además de por razones sucesorias, el incesto también se produjo por la necesidad del faraón de consolidar su condición divina, lo que lograba relacionándose sexualmente con sus hermanas y en algunos casos con sus propias hijas. En este aspecto, Ramsés II estuvo a la altura de su condición de faraón entre faraones. Aunque su gran amor fue la reina Nefertari, el rey también contrajo matrimonio con princesas extranjeras, con su hermana y con tres de sus propias hijas. A estos enlaces hay que sumar las relaciones que mantuvo con infinidad de concubinas. No es extraño que en su larga vida tuviera más de 130 hijos, muchos de los cuales murieron antes que él.

La fama de Nefertari de haber sido la esposa preferida de Ramsés II se basa en la buena conservación de su tumba, en la proliferación de representaciones de esta reina y en la belleza del templo menor de Abu Simbel, que mandó edificar el faraón para rendir culto a su mujer. Construida hace 3.200 años y decorada por los mejores artistas de la época, la cámara funeraria de Nefertari es la más espectacular del Valle de las Reinas, la conocida necrópolis ubicada en las cercanías de la ciudad Luxor (la antigua Tebas). Cuando la descubrió el italiano Ernesto Chiaparelli en 1904, la tumba ya había sido saqueada. Lo único que quedaba era el sarcófago de la reina sin momia y los magníficos frescos que representan a los dioses del panteón egipcio: Horus, Anubis, Isis, Osiris y Serket.

En el país del Nilo, muchos matrimonios eran estables. Sin embargo, algunos acababan en divorcios por mutuo acuerdo. El proceso se llevaba a cabo sin la costosa colaboración de abogados y tribunales. La mujer abandonaba el hogar matrimonial y regresaba a la casa de sus padres llevándose consigo sus pertenencias y las partes correspondientes de la propiedad conyugal. En algunos casos, era ella la que se quedaba con la casa, siendo el hombre el que tenía que abandonar el hogar familiar. No sabemos quién se quedaba con la custodia de los hijos.

A la mujer casada no se le permitía ninguna libertad sexual. Si cometía adulterio recibía el desprecio social y podía ser castigada con dureza. Se censuraba que un hombre mantuviera relaciones con una mujer casada. Y no era tanto por motivos morales como por evitar la reacción de los maridos cornudos, cuya ira podía alterar el equilibrio y la paz de la comunidad.

Las esposas del faraón que no podían amamantar a sus hijos recurrían a los servicios de nodrizas, uno de los oficios mejor pagados y al que podían acceder mujeres de todas las clases sociales. En el Periodo Dinástico, el puesto de nodriza real era muy buscado, ya que era un trabajo muy influyente. Su posición en el harén y la cercanía a la corte les permitía relacionarse con altos funcionarios, facilitando a las nodrizas un rápido ascenso en la pirámide social.

El harén de los faraones no tenía nada que ver con el serrallo otomano, ni tampoco era custodiado por eunucos que prohibían la entrada a los hombres. En el antiguo Egipto, el harén era una dependencia palaciega donde vivían las reinas, princesas y concubinas, además de sus numerosos hijos, nodrizas y criados personales. Las nodrizas, el correspondiente grupo de niños y todas las damas de la familia real, a excepción de la reina,

«Según Weeks, todavía quedan muchas preguntas esenciales acerca de este espectacular yacimiento en el Valle de los Reyes»

vivían en el harén. Los faraones que tuvieron más esposas, concubinas e hijos, como fue el caso de Ramsés II, construyeron enormes harenes cercanos al palacio real en los que las intrigas, las peleas y los celos debieron ser frecuentes.

Cuando llegó al final de su vida, Ramsés II se sometió al trabajo de los embalsamadores, lo mismo que su numerosa prole. El tratamiento de lujo incluía la extirpación del cerebro y, con excepción del corazón, de todos los órganos internos del difunto. Tras el lavado del interior del cuerpo, los expertos en momificación lo rellenaban con plantas aromáticas y después los salaban. Al cabo de 70 días lo envolvían con vendas de lino y tapaban los ojos, orejas, nariz y boca con cera de abeja. Estas manipulaciones procuraban un cuerpo esquelético revestido de una piel amarillenta y rostro afilado que conservaba bastante fielmente los rasgos del fallecido. Tras fabricar la momia, los sacerdotes iniciaban los ritos funerarios, que debían mantener el orden y equilibrio para no amenazar la misma existencia del mundo. ●